

LAS DOS BODAS

DESCUBIERTAS.

LAS DOS BODAS DESCUBIERTAS,

juguete cómico, en un acto,

escrito

por Juan J. de Arenas.



Cadiz.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
plaza de la Constitucion, número 11.
1849.

A mi apreciable amigo

EL SR. D. JOAQUIN RIQUELME.

Tan pequeño es el mèrito de este juguete literario, como grande la satisfaccion que tengo en dedicarlo à V.

EL AUTOR.

PERSONAS.

DON PABLO.
» FÉLIX.
ADELA.
EMILIA.
PEDRO.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una habitacion de una quinta: puertas laterales y al frente: una ventana á la derecha del actor y un biombo al frente.

ESCENA I.

PEDRO.

Hace una hora partieron
tio y sobrino, y entrambos
no tornarán á esta quinta
hasta que el sol llegue á ocaso:
es decir, que hoy soy el dueño,
el señor... el propietario
de esta quinta, y no habrá nadie
que me dispute su mando;
el empleo de mayordomo
es un bellísimo cargo,
fecundo en emolumentos,
y en gajes estraordinario...
Ya se ve, es cosa tan fácil

el aumentar nuestro erario,
en siendo algun tanto astuto,
y en haciendo bien sus cálculos...
En la compra, por ejemplo,
de víveres, ¿no es muy llano
que lo que ha costado uno,
se ponga en cuenta por cuatro?
Yo, si la fecha no engaña,
hará tan solo dos años
que sirvo aquí, y ya me encuentro
con algun dinero ahorrado,
y eso que yo á la verdad
no soy de los mas tiranos,
escamoteo cuanto puedo
y nada mas... esto es claro.
Además, estos señores,
como nadan en metálico,
todo lo dan por bien hecho,
por lo cual sin gran trabajo,
como si una mina fueran,
se puede bien esplotarlos:
así es, que aunque me nombráran
¿qué diré yo?... secretario
de los *secretos* de á folio
de un ministerio de Estado,
no aceptába; mas tranquilo
estoy sirviendo á mi amo:
aquí no temo vaivenes
de destinos cortesanos,
ni me alarma una real órden
ni me desconcierta un cambio,

y me da casi lo mismo
reine un ángel ó un diablo.

ESCENA II.

Dicho y EMILIA *por la izquierda.*

EMIL. ¿Se fueron?
PED. Hace una hora
y no volverán acaso
hasta la tarde.
EMIL. Me alegro.
PED. Es decir, que hoy nos hallamos
en completa libertad
y que podemos tratarnos
como esposos.
EMIL. Es terrible,
insoportable, el estado
de estar casada en secreto,
yo á la verdad ya me canso
y un dia rebienta la mina
y armo aquí otro diez de Marzo.
PED. Sería una barbaridad,
hija, dispensa el vocablo;
sería imprudencia notoria:
ya sabes que nuestro amo
es antídoto específico
del matrimonial estado,
por lo cual, si columbrara
algun dia que nos hallábamos

bajo el yugo de himeneo,
ó nos sacudia cien palos,
ó nos plantaba en la calle
como dos y dos son cuatro;
deja que pase algun tiempo.

EMIL. Es que casi ya han pasado
trece meses.

PED. ¿Tanto es eso?

EMIL. Pues no es nada... mas de un año:
yo no sé cómo he tenido
la paciencia de ocultarlo.

PED. Dejarias de ser mujer.

EMIL. Creo que cualquiera en mi caso...

PED. Se callaria de seguro.
Mira; yo ya tengo ahorrados
unos treinta mil reales;
á estos pienso ir agregando
nuevos gajes cada dia,
siquiera hasta triplicarlos:
entonces nos despedimos,
nuestra boda declaramos
y quedarás satisfecha.

EMIL. Lo que es de eso yo me encargo:
no ha de quedar ni uno solo
que no lo sepa.

PED. Es bien claro,
para dar publicidad
dejais atrás á un diario:
pero, en fin, ello es que hoy
pasarémos un buen rato;
á las tres gran comilona,

y como tengo á mi cargo
las llaves, nos trataremos
mucho mejor que los amos.
(*Se oye el rodar de un carruaje.*)
Qué ruido!... un carruaje
creo que á la quinta ha llegado;
desde aquí veré quién sea....
(*Pedro se asoma á la ventana de la izquierda.*)
nuestro plan se vino abajo.
Es el señorito Félix,
déjame solo... diablo,
qué casualidad!...

EMILIA. Me voy.

PEDRO. Pues, señor, cesó mi mando.
(*En tono lastimero.*)

ESCENA III.

PEDRO, FÉLIX *por el foro.*

PEDRO. Qué novedad ha ocurrido?

FÉLIX. Ninguna, tal vez te causa
sorpresa mi pronta vuelta.

PEDRO. Ciertamente no esperaba....

FÉLIX. Escucha, tengo que hablarte,
sentémonos.

PEDRO. Vaya en gracia.
(*Se sientan.*)

FÉLIX. Recordarás, hace un año,
que mi tio, con gran cachaza,

quiso que con Doña Úrsula
mi pobre mano enlazara.

PEDRO. Era señora de edad....

FÉLIX. Era una vieja antipática,
con mas boca que un ministro
y mas años que la Arabia.

PEDRO. Pero murió.

FÉLIX. Bien lo sé
y al cielo le doy mil gracias,
pues se llevó aquella... fiera
del territorio de España:
en esos momentos, pues,
era cuando yo me hallaba
mas enamorado, mas....

PEDRO. ¿De la difunta?

FÉLIX. Mal haya
tu inteligencia maldita!
era de una jóven guapa
que ví en Cádiz cierto dia
allá por semana santa,
en una de las aceras
de la antigua *calle Ancha:*
jóven de blondos cabellos,
mejilla terciopelada,
ojos negros, y unos labios
que al reir asesinaban.
No sabiendo ni aun su nombre,
averigué, hice demandas
á los parientes, amigos,
y á todo el que me encontraba;
y supe al fin....

PEDRO. Por mi vida
que sería una ilustre dama.
FÉLIX. Bah!... á que no lo adivinas?
PEDRO. ¿Alguna marquesa?...
FÉLIX. Calla,
era solo una... modista,
pero de tan linda cara,
de unos cabellos tan rubios
y de tan célicas gracias,
que me enamoré de ella
de una manera titánica :
por su tienda diariamente
una y mil veces pasaba,
hasta que un dia con la escusa
de unos frascos de Labanda
conseguí llegar al lado
de aquel figurin de Francia.
Francamente yo pensé
que ella fuese mas humana,
y que imitaria este siglo
de costumbres avanzadas.
Pensé que con cuatro frases
de buena escuela romántica,
obtendria de mi griseta
algun consuelo á mis ansias.
Pero todo en vano fué,
ni una Lucrecia igualara
la virtud impermeable
de aquella niña anticuada.
Entonces... quise olvidarme
de su belleza simpática;

pero ¡imposible! el destino
por do quiera me pintaba
un mar de encajes y blondas
y un horizonte de gasas;
al despertar veia chales,
y cuando dormia soñaba
con manteletas, sombreros,
cofias, lazos y guirnaldas;
mi pensamiento, mi vida
era ya una pura Holanda,
y me iba consumiendo
como una luz que se apaga.
Tomé, pues, una medida
decisiva, estraordinaria,
de las que toma el gobierno
cuando hay rum rum de asonada;
y sin muchas reflexiones
me fuí, pedí á la muchacha,
nos casamos, y laus Deo,
y la historia está acabada.

Pedro. Si su tio de usted lo sabe
arde aquí Troya y Numancia.

Félix. Lo sé, por eso el sigilo
te encargo con eficacia;
escucha el fin de mi historia.
Como era cosa probada
que si mi tio descubria
mi estado se alborotara,
y el diablo con mi herencia
y mi porvenir cargara,
hice venir á mi esposa

à una casita cercana,
donde estará hasta que un dia
haya indulgencia plenaria.

Pedro. Mucho lo dudo.

Félix. Quién sabe.
Ahora bien, ya que te hallas
impuesto de mi aventura,
te diré el fin de mi trama.
Salí con mi tio, pues,
há una hora bien escasa,
y como sabes que quiere
que yo sea hombre de fama,
le rogué me permitiera
retroceder hácia casa
con objeto de escribir
el primer acto de un drama;
accedió á mi peticion,
él siguió con su tartana,
y yo en otro carruaje
hice rumbo hácia esta estancia,
donde en muy breves instantes
se hallará mi esposa amada.
Supongo serás prudente
y que vigilante guarda
de este secreto, no harás
alguna que sea sonada.

Pedro. Pero, señor, no me atrevo
á permitir.... Si se aclara
la matrimonial visita
soy espulsado de casa.

Félix. Bien, si no accedes, declaro

tu casamiento de marras
y sucederá lo mismo:
con que elige y pronto acaba.

PEDRO. Pues sea lo que Dios quisiere,
haga lo que mas le plazca,
reciba usted á su esposa.
(*Se levantan.*)

FÉLIX. Bravo, bien, no temas nada;
toma, pues, en recompensa
lo que en esa bolsa se halla.
(*Le da un bolsillo con dinero.*)

PEDRO. Mire usted que yo.... no...

FÉLIX. Toma.

PEDRO. (No se perdió la jornada, (*Aparte.*)
ojalá que haya otra cita.)

FÉLIX. Déjame á solas.

PEDRO. En marcha
estoy ya.

FÉLIX. Bueno, y vigila.

PEDRO. Yo tendré cuidado y basta.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

FÉLIX.

Pronto vendrá, me lo anuncia
este corazon zahorí,
que ya da mas vibraciones
que las cuerdas de un violin.

Esposa, esposa del alma,
no tardes mas en venir,
porque necesito verte....
verte.... muy cerca de mí.
¿Dentro de breves momentos
quién es más que yo feliz?
Ni el emperador de China,
ni el príncipe Meternich,
han de gozar las delicias
que me esperan hoy aquí.
¡Qué temor! qué dulce miedo
viene el corazon á herir,
cuando se halla uno así en vísperas
de entrevista femenil.
Oh Adela! al mes úna vez
te veo, suerte baladí!
Es muy triste estar casado
y á su esposa recibir
por.... entregas mensuales
á guisa de folletin.
Oh cielo, cuánta fortuna! (*Se asoma á la ventana.*)
no me engaño, viene allí....
corro..... vuelo á recibirla,
hoy voy á ser... muy feliz.

ESCENA V.

Dicho y ADELA, *esta con traje semi-pastoril.*

FÉLIX. Adios esposa del alma,
ya ves que fuí puntual
y que te estoy esperando
lleno de amor y ansiedad.
ADELA. Sí.... si es mucho tu cariño,
(Con desden.)
es inmenso, colosal,
te desvelas por tu esposa,
en ella piensas no mas.
Ingrato, eres como todos
los parecidos á Adam.
FÉLIX. Ya miro que tu cabeza
tan destornillada está
como todas las de España,
que es comparacion legal.
¿Por qué son esos enojos
que me hacen desesperar?
¿No eres en estos dominios
(Señalando á sí mismo.)
reina constitucional?
Vamos, díme ¿qué sospecha,
qué negra fatalidad
hace que hoy te me pronuncies
de un modo tan popular?
ADELA. Pues ya que quieres saberlo
escucha, esposo tenaz.

Estoy decidida ¿entiendes?
desde luego á publicar
nuestro secreto consorcio....
no espero un minuto mas.

FÉLIX. ¡Insensata, qué profiere
tu labio descomunal!
¡Descubrir nuestro secreto!
¿Ignoras, mujer locuaz,
que si mi tio se entera
me llega á desheredar,
y por puertas nos quedamos
sin tener ni aun para pan?

ADELA. Nada, yo no me convenzo,
la gente murmura ya
diciendo si nuestro enlace
es falso y extra-legal.

FÉLIX. Pues mienten, porque ha pagado
derecho territorial.

ADELA. Nada, yo canto de plano.

FÉLIX. No cantes por Satanás,
que ese canto es un preludio
de crísis estomacal....
Vámos, refunde ese genio
y no me interpeles mas,
hoy eres aquí la dueña;
mira, te contaré el plan
con que voy á festejarte,
encantadora mitad.
A las dos, una comida
opípara por demás
adulará tu apetito

con uno y otro manjar.
Esquisito Valdepeñas
con el Burdeos y Champagne
alegrarán nuestras almas
de un modo ministerial.
Luego listo el carruaje
de mi tio, nos llevará
á pasear esos campos,
despues hemos de bajar,
nos sentamos en la yerba
y allí en amoroso afan,
entiendes?...

Adela. Bien, pero luego
de nuevo tu tio vendrá,
y tendré yo que marcharme
á mi triste soledad,
donde el dia menos pensado
me dé algun crónico mal
y muera de.... meningitis
que es atroz enfermedad.
Además, yo me he casado
con un jóven principal
y quiero tener criados,
y lujo, y en sociedad,
bailes, festines, banquetes.

Félix. ¡Ay! cállate por piedad,
se conoce que naciste
en la época actual,
en que tan solo se piensa
en la polka y en el wals.

Adela. Pues esto ha de ser muy pronto,

ó si nó....

FÉLIX. Cállate ya.

ADELA. Mira que yo no respondo
de alguna infidelidad....
y que hace cuatro noches
que me sigue un capitan
diciéndome tantas cosas.

FÉLIX. (Pues no me faltaba mas.) (*Aparte.*)
Pero oye, esposa, supongo
que tú no le escucharás,
porque eso sería una escena
de poco efecto teatral.

ADELA. Soy honrada, y si se atreve
á querer ir mas allá,
le haré ver que una.... modista
es pura como un cristal.
Mas.... quién está libre ¡oh cielos!
de alguna fragilidad....

FÉLIX. Vamos, estás insufrible!

ADELA. Deseas que me marche ya
para que venga alguna otra...
si yo averiguara tal
me moriria de celos,
de berrenchin, y será...
porque soy muy desdichada,
solo me queda llorar,
abandonada, Dios mio,
oh esposo inquisitorial...

FÉLIX. Jesus, Jesus ¡qué mujer!
ó esto se concluye ya,
ó me arrojo por no oirte

de esta ventana al zaguan.
Hija, por todos los Santos
que forman el almanak,
por las once mil doncellas
que murieron sin pecar,
te juro que nunca he sido
ingrato ni desleal,
¿esto no basta tampoco?

ADELA. ¡Ah! si eso fuera verdad...

FÉLIX. Te juro por las cenizas,
¿de quién diré?... de Abraham,
que yo solo pienso en tí,
que á tí sola he de adorar.

ADELA. Soy celosa... lo conozco.

FÉLIX. Sin razon, cálmate ya.

ADELA. Sí... me arrepiento de todo.

FÉLIX. Oh cariñosa mitad...
vámos, concluya un abrazo
esta crísis conyugal.

Se abrazan: se oye al mismo tiempo el ruido de un carruaje: Félix se asoma á la ventana.

Dios mio! ¿qué ruido es ese?
y se pára en el zaguan.
Quisiera estar ahora ciego,
qué negra fatalidad!

ADELA. ¿Quién es?

FÉLIX. Mi tio.

ADELA. ¡Tu tio!
¿por dónde podré marchar?
(*Hace ademán de irse por el foro.*)

FÉLIX. Si te vas por esa puerta

te lo encuentras faz á faz.

ADELA. Entonces ¿dónde me oculto?

FÉLIX. Y que va subiendo ya...

ADELA. Aquí. *(Se dirige á la puerta de la derecha.)*

FÉLIX. Ese es su escritorio
y de fijo te verá:
nada... detrás del biombo
y siga la tempestad.

(Se oculta Adela tras el biombo: al mismo tiempo sale por el foro D. Pablo, tio de Félix.)

ESCENA VI.

PABLO *y* FÉLIX.

PABLO. Jesus! que endiablado estío!

FÉLIX. ¿Qué percance ha sucedido?

PABLO. Si á volver no me decido
pierdes, sobrino, á tu tio.
Esto la atencion te llama;
pero... te encuentro agitado,
estarás, pues, ocupado
en algun acto del drama.

FÉLIX. Precisamente.

PABLO. Una silla
acércame, estoy molido:
el termómetro.... ha subido
diez grados mas que en Sevilla.

FÉLIX. Pero no ha de renunciar

usted por eso al paseo,
y á la tarde....

PABLO. A lo que veo
me quieres asesinar.

FÉLIX. Aquí el tedio y el fastidio....

PABLO. Eso de regla ya pasa,
volver á salir de casa
es... cometer un suicidio.
Nada, aquí me he de quedar
por todo el dia de hoy,
y aquí en este sitio voy
todo el verano á pasar.

FÉLIX. (Por vida del mismo infierno.)

PABLO. Esa es mi resolucion,
no dejo esta habitacion
hasta que llegue el invierno.

FÉLIX. (¡Qué diablo!... no concibo
por mas que voy calculando...)

PABLO. Sobrino, estoy reparando...

FÉLIX. ¿Qué?

PABLO. Que estás muy pensativo.
¿Estás triste? ¡qué demonio!
¿es amor? pues á él dispuesto,
evitando por supuesto
el lazo del matrimonio.
Que el que llega á contraer bodas,
con una va el majadero,
mientras que el que está soltero
puede enamorar á todas.
En esto, en esto se funda
el arte de ser feliz,

nada de dar la cerviz
á femenina coyunda.
Sigue el consejo, hijo mio,
y dí á todos por igual,
que esta leccion de... moral,
la aprendiste de tu tio.

FÉLIX. (Malo me salió el proyecto
de traer aquí á mi esposa.)

PABLO. Eso de casarse es cosa
de tan poquísimo efecto....
Mientras que una intriguilla
de estas de la culta esfera,
sin saber de qué manera
vuela por toda Castilla.
Y en siendo un poco discreto,
y en dándose cierta treta,
la mas indócil coqueta
lo mira á uno con respeto.
Ese es mi plan... toma, entrega
estas cartas al vecino.

FÉLIX. Vamos, yo pierdo hoy el tino.
(Váse por el foro.)

PABLO. No pienses tanto... sosiega.

ESCENA VII.

PABLO.

Siempre he podido vivir
sin el matrimonio fiero,

y ya que nací soltero,
soltero me he de morir.
Casarse, ¡qué necedad!
¡qué locura! ¡qué demencia!
nada, nada... independencia
y viva la libertad.
Además, que es mucha cosa,
es mas que diez loterías
el hallar en estos dias
una que sea... buena esposa.
Supongamos que sea fiel
y que obre en buen sentido,
evitando á su marido
hacer algun feo papel.
¿Eso basta? eso... no es nada,
porque segun esperiencias,
tiene muchas contingencias
una mujer ya casada.
Puede ser por nuestro daño,
en concebir tan... difusa,
que sea una nueva inclusa
nuestra casa á fin de año.
Y si le da por tener
lujo y galas, ¡oh locura!
al mes... es cosa segura,
no tenemos que comer.
Y si tiene la aprehension
de ser celosa, ¡oh que tedio!...
entonces... no hay mas remedio
que echarla por un balcon.
Mi cabeza está hecha un bombo

y este calor me maltrata,
¿dónde pondria yo mi bata?
¿dónde?... detrás del biombo.
(Se dirige al biombo: Adela se sorprende y sale de él.)

ESCENA VIII.

Dicho y ADELA.

PABLO. ¿Qué es esto?
ADELA. Usted va á creer...
PABLO. Todavía nada he creido.
(¿Pero por dónde ha venido
á este sitio esta mujer?
Y es preciosa la inocente,
tiene un perfil tan bonito
y unos ojos!...)
ADELA. Necesito
que sea usted muy indulgente.
PABLO. Sí lo seré ¡qué ocasion
se me presenta! hija mia,
aquí estaré todo el dia
siempre á tu disposicion.
(¡Qué atractivos, qué conjunto!
qué peregrina belleza!) *(Aparte.)*
Y si quieres, con franqueza
viviremos los dos juntos.
ADELA. No, yo tan solo quisiera
poderme al punto marchar.

PABLO. (¿Y he de dejarla escapar
sin darle un beso siquiera?) *(Aparte.)*
Ya franco tienes el paso,
pero antes de partir....
ADELA. ¿Qué cosa?
PABLO. Has de consentir
que te dé.... aunque sea un abrazo.
ADELA. Es usted muy libertino.
PABLO. Hija, así siempre hé de ser,
en viendo yo á una mujer
me pronuncio, y desatino.
Y no es tan estraordinario
lo que te pido... ya ves;
además, hija, este es
mi sistema tributario.
Mercancía femenina
que entra sin pagar derecho,
ha de dar luego, esto es hecho,
aunque sea alguna... propina.
ADELA. Me parece á la vejez
esa conducta algo estraña.
PABLO. Hija, si ahora en España
todo sucede al revés.
A mas, de que está muy fuera
de razon ese consejo,
porque mientras soy mas viejo
voy siendo mas calavera.
En mis razones me fundo;
vamos.... no seas desdeñosa,
lo que te pido es la cosa
mas inocente del mundo.

Porque segun pareceres
que este siglo de sí emite,
un abrazo.... se permite
entre hombres y mujeres.

Adela. Mas la mujer se desvía
porque el cielo la condena.

Pablo. Rompe tan dura cadena,
ponte á la usanza del dia,
que en este siglo.... ideal....
de gas y de ilustracion,
cuanta mas disolucion
mayor mérito social:
con que decídete en fin...
un abrazo y mas no insisto.

Adela. Esté quieto....

Pablo. No desisto...

Adela. A que le doy un sosquin, *(Aparte.)*
es mucha tenacidad.

Pablo. Lo que es yo no he de ceder...

ESCENA IX.

Dichos y Félix *por la puerta del foro.*

Félix. (Mi tio con mi mujer,
ya tronó la tempestad.)

Adela. Vámos... déjese de bromas,
aquí me entro y me encierro.

(Entra Adela en la habitacion de la derecha.)

ESCENA X.

FÉLIX *y* PABLO.

FÉLIX. Ahora al encuentro le salgo:
su encargo de usted está hecho.
PABLO. Me alegro que en este instante
vuelvas, sobrino, pues tengo
que preguntarte una cosa.
FÉLIX. (¡Ya empieza el apuro, cielos!)
PABLO. Escucha... tras el biombo,
hace cosa de un momento,
me he encontrado con sorpresa....
FÉLIX. ¿El qué?
PABLO. Un femenil efecto
que en casa se ha introducido
sin pagar ningun derecho.
Yo, á la verdad, tengo dudas,
y á decidir no me atrevo,
si pertenece á lo ilícito
ó si es del estado honesto.
Y si vieras qué bonita,
qué rostro tan hechicero...
como pueda conquistarla
no perdonaré los medios.
FÉLIX. (¡Qué va á ser de mi mujer!)
PABLO. Sobrino, qué estas diciendo?
FÉLIX. Digo, que yo sé la historia,
querido tio, de ese encuentro.
PABLO. Pues la narracion empieza.

Félix. (Cómo forjaré un enredo?)
Pues, señor, el mayordomo
que nos sirve há tanto tiempo,
es hombre que á la verdad
no tiene el alma de hielo.
Un dia vió á esa jovencita
con quien tuvo usted el encuentro,
se enamoró por mayor,
y no hallando mas remedio
para su crónico mal
que el prescrito casamiento,
cerró los ojos... casóse...
y esto es ni mas ni menos...
Y sin duda, aprovechando
la ausencia de usted, á su dueño
hizo venir á este sitio.
Llegó usted, y en el momento
sorprendido, la escondió
tras el biombo....

Pablo. ¿Qué es eso?
¡casado mi mayordomo!
se ha de acordar el mastuerzo
de su insubordinacion
á mi actual reglamento:
guerra, pues ya se casó,
de mi casa en el momento
ha de salir y muy pronto,
yo lo mando, yo lo quiero....

Félix. Tio, tenga usted compasion.

Pablo. Compasion del hombre necio
que entra en la torpe asamblea

de las cabezas sin seso.

Félix. Pero considere usted....

Pablo. Nada, nada considero.

Félix. Al fin él nos ha servido
cuidadoso tanto tiempo,
él fué quien meció mi cuna
cuando la infancia su velo
inocente me tendia
entre dorados ensueños.
Él siempre ha estado oficioso,
querido tio, en complacernos.
¿Y tendrá usted corazon
para dejarlo depuesto
y verle morir de hambre
sin recursos, sin consuelo?

Pablo. Tu lógica me convence....
Vamos.... que se quede.... bueno;
(además.... eso me place...
porque.... porque yo me entiendo.)
(Aparte.)
Déjame solo, yo mismo
voy á anunciárselo á ellos.

Félix. Me marcho y ruede la bola:
me retiro, tio, hasta luego.
(Vase por el foro.)

ESCENA XI.

PABLO.

Irémos primero á ver
al marido, le darémos
ya que ha entrado en la asamblea,
este corto privilegio.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

ADELA, *por la derecha.*

ADELA. Aun cuando tuve el oido
con mucho cuidado atento,
nada he podido escuchar
de lo que estaban diciendo:
pues, señor, mi tio político
es un calavera viejo;
¡qué atrevido, pues por poco
me da el abrazo.... qué terco!
no he visto mayor franqueza
en lo que de vida llevo:
y deseo hacer lo posible
por salir de aquí muy luego,
porque yo no estoy segura
y algun fracaso me temo:
yo pudiera ahora escaparme

pero me espongo á otro encuentro,
y el viejo sería capaz
de ponerme en un aprieto:
pasos siento.... alguien se acerca...
al escondite me vuelvo.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XIII.

PEDRO, *por la izquierda.*

PED. ¡Oh qué dicha, qué fortuna!
estoy loco de contento,
se descubrió mi consorcio
sin cesantía de mi empleo,
voy á buscar á mi esposa
que no debe estar muy lejos.

ESCENA XIV.

Dicho y EMILIA *por el foro.*

PED. Aquí viene: escucha, esposa,
yo no sé qué ángel del cielo
ha enterado á nuestro amo
del matrimonio secreto,
lo cierto es que ya lo sabe
y que en vez de reprendernos
y de darnos pasaportes
para otros climas diversos,

perdonando nuestro enlace
nos da su consentimiento.

Emil. ¿De veras?

Pedro. Sin duda alguna.

Emil. Pues ahora sé discreto
y constante con tu esposa.

Pedro. Díme, ¿á qué viene ahora eso?

Emil. Lo digo porque los hombres
están hoy dia tan perversos....
no así tú, que serás siempre
mas que marido mi siervo,
sin que llegues á olvidar
tus sagrados juramentos.

Pedro. ¡Yo olvidarte! cuando eres
mi bien, mi amor, mi deseo....
te quiero mas que á mi vida.

Don Pablo va á salir por la derecha ; oye los últimos versos y se detiene.

ESCENA XV.

Dichos y Pablo *(al paño).*

Pablo. ¿Qué es esto que estoy oyendo?
(Aparte.)

Pedro. ¿Pudiste dudar de mí?

Pablo. ¿Habrá mayor gatuperio
y mayor... indisciplina?
(Aparte.)

Emilia. Yo lo mismo... mi deseo

será siempre complacerte.

PABLO. (Eso despues lo verémos,
que esta casa no es depósito
de casamientos gemelos.)
(Aparte.)

PEDRO. Pues dejémos este sitio
y vámonos allá dentro...

PABLO. (Eso es.) *(Aparte.)*

EMILIA. Como te plazca,
lo que tú quieras, yo quiero.
(Vánse por el foro.)

ESCENA XVI.

PABLO.

Mi paciencia está acabada:
el mayordomo ya es cosa,
no contento con su esposa
me seduce á la criada.
No lo puedo consentir,
que no estamos en Melilla...
si quieren ancha Castilla,
á otra parte pueden ir.
Y me ofende en sumo grado
que en nada mis canas tengan,
y que á esta casa se vengan
como á país conquistado.
De cólera estoy bufando;
con desvergüenza sin tasa

se han creido que en mi casa
se proteje el contrabando.
Esto es anti-social
y ya de furor estallo;
esto se llama.... me callo
por respeto á la moral.
¡Venganza! voy á su esposa
á declarárselo todo,
para encender de ese modo
una discordia espantosa.

(Se dirige á la izquierda.)

Voy á buscarla, sin duda
ella debe estar aquí;
abre, niña asustadiza,
que te tengo que decir
una cosa que te importa.

ADELA. ¿Todavía está usted ahí?

(Desde dentro.)

pero ¿está usted sosegado?

PABLO. Sal, nada temas de mí.

ADELA. Entonces en la palabra
confiada voy á abrir.

ESCENA XVII.

Dicho y ADELA.

PABLO. Bien está, ya lo sé todo,
y aunque enfadéme algo, al fin
á mi querido sobrino

perdonaros ofrecí.

ADELA. ¿Es verdad? ¿y usted consiente
en nuestra coyunda?

PABLO. Sí.
Pero ¡ay Jesus! qué marido
has elegido, infeliz;
debias haberlo previsto.

ADELA. Acabe usted por San Gil,
que esas palabras me llenan
de sospechas y de esplin,
¿sabe usted algo de él?
tenga usted piedad de mí.

PABLO. No... nada... friolera, es hombre
que va á ponerte en un tris,
inconstante hasta lo sumo.

ADELA. Si supiera algun desliz
en su conducta... Dios mio,
de celos me iba á morir.

PABLO. ¡De celos! no apruebo tal,
que si eso sucede así,
entonces, ya por tu vida
no doy tres maravedís.

ADELA. Usted algo sabe.

PABLO. Bastante,
y te lo voy á decir,
aunque arda Troya y se encienda
aquí otra guerra civil.

ADELA. La incertidumbre me mata...

PABLO. No te subleves así...
no es cosa mayor.

ADELA. Me ahoga

la impaciencia... hombre, por fin,
acabe usted de estallar.

PABLO. Pues qué, soy yo polvorin?

ADELA. Con bromas me viene ahora,
cuando siento arder aquí
todo el volcan de los celos.
¿Quién es como yo infeliz?
(*Llorando.*)
¡Y me abandona!

PABLO. Es lo cierto,
no hace un instante, que aquí
tu esposo estaba abrazando
á mi costurera.

ADELA. Vil.
(*Desentonadamente.*)
¿Y eso es verdad?

PABLO. Te lo juro
por la memoria del Cid.

ADELA. Desleal... perjuro... monstruo,
en hora infausta yo fuí
á casarme con un hombre
de costumbres marroquís...
La culpa la tiene usted,
que es usted muy... arlequin...

PABLO. ¿La culpa yo? pues me gusta.

ADELA. Me he de vengar... ay de mí!

PABLO. Sí, y esto clama venganza,
yo seré tu paladin...
él ha sido inconsecuente
y se ha olvidado de tí...
aquí estoy yo, me parece...

ADELA. Es usted muy parlanchin...
cree usted que yo soy alguna
mujeriega zascandil.
Otro insulto... mayor mengua
me está usté haciendo sufrir.
Es usted un hombre anómalo,
un vejestorio... incivil.

PABLO. (¡Está loca la muchacha!)

ADELA. Ay, yo tengo un frenesí,
y retírese por Dios,
déjeme que sola aquí
haga salir de mi pecho
lamentos de mil en mil.
(Insensato, fementido,
esposo protervo, vil.) (*Aparte.*)
¿Y está usted ahí todavía?
¿no tiene miedo de mí?
pues vaya usted preparándose
mi indignacion á sufrir...
mi furor... no tiene límite.
(*Hace ademán de pegarle.*)

PABLO. ¿Es mujer ó puerco-espin?

ADELA. Y si nó... tengo alfileres
agudos como espadin...
me valgo, pues, de esas armas
porque es arma mujeril.

PABLO. Me voy... porque esta muchacha
es otro... Montemolin.
(*Váse por el foro.*)

ADELA. ¿Retrocede usted? me alegro,
tranquila me deja al fin.

ESCENA XVIII.

ADELA.

Hombres, ¿qué decis á esto?
la inconstancia confesad,
porque vuestra falsedad
queda aquí de manifiesto.
Una conquista por dia,
ese es vuestro placer,
y ¡ay! de la necia mujer
que de vosotros se fía.
Con ademanes sinceros,
qué bien que sabeis fingir,
y suspirar y gemir...
¡qué cuadrilla de embusteros!
La mas colosal pasion
á una le pintais ahora,
y apenas pasa una hora
á otra vais con la funcion.
Así, confesad de lleno,
sin reparo y miedo alguno,
que entre vosotros no hay uno,
ni uno solo que sea bueno.
Y no lo negueis jamás;
ved que no nos engañais,
que aun cuando mucho sepais,
nosotras sabemos mas.
¡Mi esposo! ¡qué desengaño! (*Llorando.*)
¡que perjuro á mi amor sea!

yo creo que en cuanto le vea,
seguramente le araño.

ESCENA XIX.

Dicha y FÉLIX *(por el foro).*

FÉLIX. ¿En qué ha parado el asunto?
¿ha cesado la tormenta?
ADELA. Sí, buena estoy para bromas...
quítese de mi presencia,
al fin lo he sabido todo;
es usted un calavera,
un libertino, un infiel,
indigno de que le vea.
FÉLIX. Vamos, hoy está la casa
hecha una jaula de fieras,
todos gritan y ninguno
conoce lo que se pesca.
ADELA. Sí, sí, soy muy desgraciada,
solo en el mundo me quedan
lágrimas que derramar.
FÉLIX. O me marcho, esposa, ó cesa
ese salmo de difuntos
que casi me desespera.
ADELA. ¿Con que le incomodo á usted?
como que usted solo piensa
en la criada. *(Con ironía.)*
FÉLIX. Otra vez.
ADELA. Sí señor, en esa fea
y muy fea; no la conozco,

mas no me cambio por ella.

FÉLIX. Que sea fea ó que sea bonita
¿qué nos importa eso, Adela?
confiesa... sin cumplimiento
que has perdido la chaveta:
vamos á ver ¿quién te ha hecho
esa aclaracion tan necia?

ADELA. Su tio de usted lo ha visto
abrazándola ¡oh vergüenza!
en este sitio há un instante.

FÉLIX. Válgame Dios, qué tontera!

ADELA. Usted se burla de mí?
esto acabará en tragedia,
al fin tendré, ya lo veo,
que tomar una botella
de arsénico, y acabar
esta mísera existencia.

FÉLIX. Jesus! Jesus! me horripila
tan estravagante idea;
por lo visto, tú has leido
alguna de las novelas
con que quiso Víctor-Hugo
asustar la Europa entera:
ven acá, sosiégate
y escucha; por mas que quieras
abrumarme con tus celos
y tus erradas sospechas,
no consigues nada, esposa.
Y si persistes en esa
desesperada manía,
me embarco, doy á la vela,

y no me vuelves á ver
hasta el año de noventa.
Te juro por la memoria
de mi padre, no son esas
noticias que has recibido
ni creibles ni verdaderas;
y debieras suponer
que mi tio frisa en setenta,
y que á esa edad avanzada
fácilmente se chochea.
¡Yo abandonarte, mi cielo!
tú tan peregrina y bella,
ídolo del alma mia,
espejo de mi terneza!

ESCENA XX.

Dichos y D. **Pablo** *á la puerta del foro.*

Pablo. ¿Qué estoy oyendo? (*Aparte.*)
Adela. Me hablas
de tan plácida manera.
Félix. Abandóname tu mano.
Adela. Ahí la tienes.
Pablo. Con franqueza,
esto es burlarse de uno. (*Aparte.*)
Félix. Un abrazo.
Adela. Cuantos quieras.
Pablo. Vamos, hoy es dia de abrazos.
(*Aparte.*)

Félix. Mi amor....
Adela. Mi bien....
Pablo. (Si me dieran
parte en esos apretones
sería cosa muy diversa.)
Félix. Adios, Adela, hasta luego,
en esa habitacion entra.
Adela. Allí en tu vuelta pensando
estará tu tierna Adela.
(*Vanse Adela por la derecha y Félix por la izquierda.*)

ESCENA XXI.

Pablo.

Pues, señor, no necesita
esto mucha esplicacion,
si el marido es un bribon
ella tambien se desquita.
Y cásese usted, á fe mia
que aunque siete siglos cuente,
nunca he de ser penitente
de tan larga cofradía.
Mujeres ¡huy! guarda Pablo,
todas serán un portento,
mas despues del casamiento
son tras la cruz el diablo:
que en ellas á no dudar
todo es ficcion, todo amaños;

aun no tienen quince años
y ya saben.... engañar.
Y cuantas, y no os asombre,
de las que me están oyendo,
para sí estarán diciendo
¡qué razon tiene ese hombre!
Son vanos todos cuidados
con ellas, y en daño nuestro,
se la pegan al mas diestro
solo á una vuelta de dados.

ESCENA XXII.

Dicho y PEDRO *por la izquierda.*

PEDRO. ¡Señor!
PABLO. Mísero mortal.
PEDRO. ¿Qué novedad ha ocurrido?
PABLO. Nada, que te hallas metido
en un gran berengenal.
Y pues que soy algo viejo
si me hubieras consultado
antes de haberte casado,
te hubiera dado un consejo.
PEDRO. No adivino á la verdad....
PABLO. Mira, dí lo que quisieres,
casi todas las mujeres
pecan de fragilidad.
PEDRO. Pero casadas en fin,
el peligro está eludido.

PABLO. Hay muchas que á su marido
convierten en comodin:
y en siendo por nuestro mal
confiado, como á un tonto
lo ponen á uno muy pronto
en estado.... escepcional.

PEDRO. Yo sería mas indulgente,
que ese sexo es nuestro norte.

PABLO. (Vamos, tiene todo el corte
de un marido muy paciente.) (*Aparte.*)

PEDRO. Lo que es mi esposa querida
es de virtudes dechado,
y por ella de buen grado
entera diera mi vida.

PABLO. En poco aprecio ya veo
que tienes tu vida.

PEDRO. ¿Cómo?

PABLO. Eres para mayordomo
muy crédulo.

PEDRO. Mi deseo....
además, de todos modos,
por mi esposa loco y ciego
pondria mi mano en el fuego.

PABLO. (Se quemaba hasta los codos.) (*Aparte.*)
No pienses se me despinta
la virtud de tu consorte....
es una niña... de corte,
lo sé de muy buena tinta.

PEDRO. Me meteis en confusiones.

PABLO. Yo la he visto, simplonazo,
dar aquí mismo... un abrazo;

¡hijo, pero qué apretones!
Y en fin, para que la cosa
veas no es nueva para tí,
¡á que ahora no sabes... dí,
dónde se encuentra tu esposa!

Pedro. Allí está. (*Señalando á la izquierda.*)

Pablo. ¡Qué botarate!
Lo ves? te convences ya?

Pedro. ¿Por qué?

Pablo. Porque allí no está.
¿Se dará mayor dislate?

Pedro. Me deja usted trastornado.

Pablo. ¿Cómo quieres que esté allí
si la infeliz está aquí?
(*Señalando á la derecha.*)

Pedro. Está usted equivocado.

Pablo. ¡Oh! te voy á confundir
y te la voy á traer:
(*Entra en la habitacion de la derecha y sale con Adela.*)
ahí tienes á tu mujer,
que yo nunca sé mentir.
(*Pedro se echa á reir.*)

Pablo. ¿Por qué te ries, majadero?

Pedro. Porque mi esposa no es esta.

Pablo. Pues me gusta la respuesta...
¿habrá mayor embustero?

Adela. Y tiene razon á fe.

Pedro. Bastante clara es la cosa.

Pablo. ¿Mas de quién eres tú esposa?

Adela. De su sobrino de usted.

PABLO. ¡De mi sobrino! ¡menguado!
tropezó en el lazo fiero,
entonces tú estás... soltero...
PEDRO. No, señor... estoy casado.
PABLO. Casado, pero ¿con quién?

ESCENA XXIII.

PEDRO *entra por la izquierda y sale con* EMILIA.

PEDRO. Con esta.
PABLO. Terrible aviso!
en mi casa de improviso
dos bodas, ¡qué somaten!
qué modo de enmaridar...
vamos esto me asesina!
(*Félix ha oido desde el foro estos últimos versos.*)
FÉLIX. (No hay duda, estalló la mina.
Ya no hay remedio, á la mar.)

ESCENA XXIV.

Dichos y FÉLIX *presentándose.*

PABLO. ¿Y mi sobrino?
FÉLIX. Aquí está,
(*Se arrodilla.*)
confundido, avergonzado;
soy un infame, un menguado.
PABLO. Levántate; ven acá.

FÉLIX. He vendido su mandato
con indigno atrevimiento,
mas el arrepentimiento
paliará mi desacato.
Conozco que he sido infiel
á sus órdenes, señor;
mas obra fué del amor,
culpadle tan solo á él.

PABLO. En esto no hay redencion,
¿á qué he de abrigar encono?
sobrino, yo te perdono
y se acabó la funcion.

FÉLIX. En júbilo me sepulto
y mi alma se desatina.

ADELA. Seré obediente sobrina...

FÉLIX. Y á estos no alcanza el indulto?
(*Señalando á Emilia y á Pedro.*)

PABLO. Sí, tambien, por vida mia;
sed dichosos en buen hora,
os decreto desde ahora
una completa amnistía.

PEDRO. Eterno agradecimiento
será el nuestro.

PABLO. Bien está,
pero vámonos allá,
hácia el contiguo aposento,
que estas bodas duplicadas
las apruebo sin desden:
apruébalas tú tambien (*Al público.*)
y oigamos cuatro palmadas.


3 0112 117453735